

maron que tan crecido montón de males era mayor que el que podía sufrir la paciencia humana, y que aquellos dolores no eran del todo naturales; declarando que tales paroxismos y movimientos del pulso eran superiores á lo que alcanzaba el arte de la medicina, y hasta entonces ni experimentados ni conocidos. Era á la verdad este el cáliz que había bebido el Esposo, quien le había preparado para que también le gustase su esposa y que tanto tiempo antes le había prometido.

Uno de los confesores rogó á la virgen que por lo menos declarase al médico lo que sentía. Rehusándolo ella, y deteniéndose en dar respuesta, la obligó con mandato; creyendo que causaba tanto silencio la modestia humilde y no el exceso de los tormentos. Apenas oyó el precepto del confesor, la obediencia de la virgen se sobrepuso á los sufrimientos y pudo más que los dolores. Y aunque Rosa por la mucha experiencia sabía casi todos los nombres de las enfermedades, no sabiendo ahora, ni pudiendo nombrar á esta por ser tan peregrina, usando sólo de semejanzas y de perífrasis explico su sentir diciendo: «Bien sé que merezco lo que estoy padeciendo; pero no sabía yo hasta ahora que pudiese caber en un cuerpo humano tanto tropel de penas ó que podían repartirse por todos los miembros, sin quedar alguno libre. Paréceme que me aplican á las sienes un globo de hierro encendido y que va rodando por ellas; y que un asador hecho ascua me traspasa desde lo alto de la cabeza hasta la planta del pie derecho, cuya vehemencia me levanta en alto. Con semejante ardor, un puñal abrasado me penetra por medio del corazón desde el lado izquierdo. Paréceme también que tengo en la cabeza un morrión de llamas, y que le golpean por todas partes con golpes de martillos, y que agudas puntas penetran el casco, sin que haya un punto de reposo. Los huesos poco á poco se resuelven en polvo, las medulas se han secado y se van haciendo ceniza; en todas las juntas hay especial tormento, que ni yo sé el nombre, ni hallo dolor con quien

compararle. Con tantos contrarios conozco que voy llegando al fin de mi vida; mas por cuanto dentro de poco sé que han de aumentarse, me compadezco mucho, y me pesa del trabajo y molestia que he de dar en esta casa, á quien he de ser de pesadumbre, durando mi enfermedad más de lo que quisiera. Todo lo demás importa muy poco. Cumpla el Señor en mí su santa voluntad. Yo ni la muerte ni los dolores intolerables de la misma muerte rehusó recibir, si el Señor los envía.» Esta relación traía fuera de sí á los médicos; fluctuaban mirándose á las caras, perplejos, atónitos, confusos; porque por una parte la conocida santidad de Rosa no permitía poner duda en nada de cuanto había dicho; por otra parte faltaban las señales que indicasen que era mortal aquella dolencia; no manifestando el pulso calentura maliciosa; ni dando muestras manifiestas la sucesión de alteraciones tan opuestas, para hacer juicio que hubiese allí alguna de las enfermedades que la medicina conoce. Viendo esto la virgen, declaró al P. M. Fr. Juan de Lorenzana, su confesor, en secreto: «Que los médicos se cansaban en valde en averiguar la especie de su enfermedad, pues era fuera del orden natural y venida de fuera por muchos caminos; yendo los dolores desde la circunferencia al centro, y que encontrándose unos con otros, causaban en ella tan distintos y hasta contrarios efectos; y que así no había otro remedio sino ejercer la paciencia que tuvo Job entre las innumerables enfermedades con que Dios apuró sus virtudes; para experimentar con esto en todos los miembros los dolores del divino Esposo crucificado.»

Como conclusión de todo esto rogó á la mujer del contador con grande encarecimiento que la permitiese estar así algunos días padeciendo, sin que nadie la hablase; intentando por este medio y silencio solitario entrañar con más quietud y sosiego sus dolores en los que sufrió por nuestra redención el Señor crucificado, con quien también sentía estar crucificados todos sus

miembros. Interrumpió esta quietud en la cruz la madre de Rosa, que vino á visitarla, la que con gran espanto suyo, halló á su hija más enferma que lo que la habían indicado, y así con grandes ansias, y no poco molesta y porfiada, rogaba á la virgen que dijese en qué parte estaba el mayor dolor que sentía. Brevemente respondió á esto Rosa: «Que era igual el tormento en todas partes y que sólo podía decir que eran verdaderos dolores de cruz.» No satisfecha la madre con esta respuesta, juzgando que el mucho silencio y paciencia de su hija eran causa de que no se le aplicasen con acierto medicinas que la aliviasen, quiso que por muy menudo le refiriese lo que la afligía; y viendo que dudaba y se fatigaba, no hallando voces con que explicar su enfermedad tan sin nombre y sin términos y accidentes naturales; con imperio, y en virtud de santa obediencia, la obligó á que dijese lo que ella misma no alcanzaba. Rosa, acordándose que en ninguna parte como en la cruz tiene más lugar la obediencia, cobró con ella fuerzas y espíritu, y usando del mismo compendio de semejanzas y ejemplos, como ya queda dicho, porque de otra suerte no sabía explicarse, dijo: «Que desde lo alto de la cabeza hasta el pie se hallaba traspasada como con un dardo abrasado, con ardores insoportables, cuya vehemencia le parecía que levantaba en alto todo su cuerpo; que estaba atravesada de un lado á otro con igual tormento; que con este fuego se le hacían ceniza los huesos y que parece le sacaban con tenazas ardiendo las medulas y nervios; que en todas las venas sentía un frío como de hielo que las penetraba, y era más sensible por irritarle vivos ardores; que el fuego de las encías parece que estaba trabado al parecer con un recio alambre, y que así á cualquier movimiento de la boca parece se las arrancaban; que las sienes y oídos se le abrasaban como si estuvieran rodeados y ceñidos de púas ardientes. Interiormente las fauces estaban también llagadas y heridas sangrientamente; y que la garganta como una esponja

se le había secado con la fuerza de la sed. Añadió que como si fuera el casco de la cabeza un yunque, se la golpeaban muy á menudo, sintiendo los golpes, como si la hirieran con robustos mimbres, y que ninguno de estos tormentos se suspendía siquiera un momento. Esto es, madre dulcísima, lo que puedo decirte, como en bosquejo, por obedecerte; lo demás ni aun con esta confusión puedo explicarlo, y aunque pudiera no lo comprenderías.» Llena de turbación la afligida madre, no pudo detener las lágrimas; llorando tiernamente por no poder aplicarle otro remedio ni untura, sino sólo el agua que vertía de sus ojos con abundancia. La virgen, movida á piedad y á compasión, procuraba atajar el llanto de su madre desconsolada, rogándola que enjugase las lágrimas.

Sumergida estaba Rosa en este piélago amargo de tormentos, cuando amaneció alegre y claro el día seis de Agosto, consagrado á la Transfiguración de Cristo Redentor nuestro; pero no la halló en el Tabor, disfrutando de las delicias de la gloria, sino en el Calvario padeciendo penas extraordinarias y apretándole más y más los clavos con que estaba en el patíbulo crucificada. Como si fueran flacos verdugos los dolores de la virgen, ó como si ya estuvieran desmayados ó fatigados de atormentarla, llamaron en su ayuda un escuadrón de enfermedades naturales; para que á tanta paciencia ningún género de penas faltase; ó porque no pudiese alguno poner en duda que estaba mortal la virgen.

Llegó primero como á la posta la perlesía, que la baldó todo el lado izquierdo, dejándola completamente sin movimiento en todos sus nervios de alto á bajo, para que ya comenzase Rosa á morir por algunas partes del cuerpo. Sólo quedó por especial piedad de Dios exenta la lengua hasta el último aliento, para que pudiese emplearla en dar gracias por los regalos que recibía y en decir palabras de edificación y ternura; los otros miembros de aquel lado quedaron inutilizados, sin poder jamás moverse, por más que lo procuraron

con unturas y ungüentos, con lo que sólo lograron aumentar el tormento sin conseguir ningún buen efecto. Sólo por el peso que le hacían conocía la enferma que tenía brazo y pie; que en cuanto á lo demás, si era necesario incorporarla en la cama ó volverla del otro lado, era fuerza valerse de manos ajenas; compadeciéndose más de la incomodidad de los otros que de los dolores que le costaban estos movimientos.

Sucedieron, ó por mejor decir, se agregaron luego á la perlesía otros síntomas y accidentes de menor gravedad, hasta el día 17 de Agosto, en el que inflamándose las membranas de las costillas por ambos lados, experimentó en sí misma la virgen un nuevo y desusado modo de dolor de costado. A esto se juntó poco á poco el asma, apretándose y cerrándose el pecho, para que así los ardores que dentro de las entrañas sentía no tuviesen el alivio de la respiración ni el desahogo de los suspiros; lo que era notable género de tormento. Dió fuerzas y viveza al dolor de costado la aguda ciática que crecía por instantes. Encendiósele también la gota en los nudos y coyunturas del pie derecho. Finalmente, el destemplado ardor de la calentura confundió en cierto modo en uno solo los innumerables sufrimientos que dentro de sí advertía. Tan poderosos, varios y acumulados ardores fueron necesarios para que la frescura de esta rosa se marchitase. Milagro parece no haber perdido antes su verdor y hermosura, expuesta como estaba á tan insoportables ardores. Pero es más glorioso martirio morir despacio que morir de una vez; y no después de haber muerto poco á poco cada uno de los miembros del cuerpo. Así deseaba ella morir por la fe á manos de los tiranos.

Rosa, constante y serena, resignada en Dios, aceptaba con estimación y hacimiento de gracias el montón colmado de tantas enfermedades y dolores, sabiendo que era Cristo quien se los comunicaba con peso y medida, ó por mejor decir, sin medida ni peso, como ella lo observó atentísimamente en la visión de las ba-

lanzas de penas, cuando Cristo se le apareció entre arcos celestes. Y asegurada de que habían de corresponder el número y la magnitud de las gracias á la grandeza de los tormentos, que es aquel inmenso peso de gloria de que hizo mención el Apóstol en la 2.^a Carta que escribió á los corintios, y se llama gracia consumada; sentía dentro de su alma aquella quietud gustosa y suave de que gozaba el corazón entre acerbos y casi insufribles penalidades; de aquí aquel valor invicto de firmes esperanzas que robó la admiración á muchos y especialmente la de sus padres espirituales; de aquí los soliloquios tiernos y festivos que tenía con su Esposo, diciéndole: «Señor, más y más. Cumplid en hora buena el beneplácito eterno y digno de perpetuas adoraciones de vuestra justísima voluntad; llenad el peso, amontonad dolores; mas acordaos también de aumentarme la paciencia.» Suspiraba algunas veces, pero sin dar un gemido, y decía: «Atended, Señor, á estar de mi parte; ayudadme, pues nada puedo ni valgo sin vuestra ayuda.» Cuando el dolor del costado la provocaba á vómitos de sangre, hablaba á su Esposo en versos, que la fuerza de la enfermedad y la resignación le dictaban.

Oyéronla que con amorosos cariños hablaba con Cristo crucificado que tenía entre los brazos: «Señor, cuando yo pedía dolores, creía que me habías de enviar aquellos con que me ejercitabas desde la niñez. Mas ahora de otra suerte ha parecido disponerlo vuestra Majestad divina; sea bendita la abundancia de tanta misericordia como usais conmigo.» Compadeciéndose una persona de los crecidos dolores, que la ocasionaba la perlesía, respondió con admirable alegría de rostro y sosiego de ánimo: «Que en tiempos pasados había tratado con el Señor de criar un niño huérfano y mendigo, que en edad adulta fuese ministro del Evangelio y predicase á los bárbaros; pero que ahora veía que Dios le había dado dos hijos adoptivos, uno que llevaba sobre la rodilla izquierda, y allí le alimentaba; y otro

sobre el brazo.» Con este gracejo daba á entender el peso que la hacían el brazo y rodilla pasmados con perlesía, que allí había hecho más pesado asiento.

Temía la prudente virgen, y no sin gran fundamento, que la violencia de tan atroces males la privase del juicio; y podían persuadirla á estos recelos con más fundamento tantos días y noches como había pasado sin dormir un momento; tanto ardor en la cabeza, inquietud de las sienas con sucesión continua de movimientos y accidentes mortales; todo esto amenazaba con indicios, casi evidentes, alguna perturbación en el juicio, y tinieblas en el uso de la razón; por lo cual la humilde Rosa, con voz trémula y triste, rogaba con sumisión á los domésticos de la casa, que la ayudasen con oraciones á pedir á Dios que pusiese freno á la enfermedad por la parte que podía impedir el uso de la razón. Miró con buenos ojos la piedad divina á la humildad de su sierva. Y así la conservó con especial prodigio, permaneciendo libre el juicio, expedita la lengua hasta el último aliento, entre los continuos desmayos del cerebro, exausto con tanta inflamación y dolores. Muchas veces, sin embargo, entre aquellas angustias privaron á la virgen del uso de los sentidos exteriores, ó la vehemencia de la enfermedad, ó el raptó de la contemplación; tanto que parecía que estaba trasportada en sueño quieto y suave; y así algunos comenzaron á tener buenas esperanzas de su salud, creyendo que algunas veces reposaba y dormía. Más que todos su madre, á quien tanto cuidado daba la salud de su hija, trabajaba en persuadirla que eran estas, señales ciertas de mejoría, y que había de escapar con vida de aquel peligro. La virgen, sonriéndose al oír esto, porque estaba bien cierta de su muerte, la dijo: «Que no era sueño, como pensaba, el sosiego que habían visto, ni eran tan bien acondicionados sus tormentos, que diesen treguas por un momento breve, ni hiciesen paces con el sueño; y que así no dudasen que había de acabar muy presto la vida; si bien era necesario antes

agotar este cáliz de su pasión por amor del divino Esposo.»

La sed atormentó increíblemente á Rosa, y la tostaba en cierto modo las entrañas con su ardor insoportable. Por lo cual, volviendo los ojos á la mujer del contador, con mirada humilde, lastimosa, rendida, muy á menudo con dolor y con flaqueza, la rogaba con rendimiento y con ansias: «La diesen para refrigerio y alivio de la sed ardiente que padecía, siquiera una gota de agua; que estaba tal, que tuviera por regalo la hiel y vinagre de que había usado cuando estaba sana, si la hiciesen caridad de traérsela. La piadosa matrona, aunque la traspasaban el corazón los ruegos de Rosa, y se compadecía muy de veras de mirarla en aquel estado, decía que no daban licencia los médicos. Volvió Rosa á esforzar la súplica, y decía: «Que se acordase de la palabra dada había más de cuatro meses, cuando en sana salud le había prometido que en la última enfermedad le daría toda el agua que la pidiese.» Pero escusábase la matrona, diciendo que no podía cumplir la promesa, porque contra la orden de los médicos era escrúpulo grave socorrerla con agua, que aumentase la enfermedad, y le apresurase la muerte. Y así no quedó otro alivio á la virgen, que se estaba abrasando con el tormento de la sed, sino clamar con el Esposo cuando espiró en la cruz, y decir: «Sed tengo: la sed me aflige y me atormenta.»

